

Texto del segundo finalista del Quinto Concurso de Cuentos Infantiles de Adiós Cultural

EL COLOR DE LA VIDA

Nicolás Aguilera

Aurora vivía en un pequeño pueblo de Madrid. Lo que más le gustaba era jugar con sus amigos y charlar con sus padres al volver de clase. Siempre podía hablar con ellos de cualquier cosa e incluso algunas cosas que sus profesores a veces no le respondían, sus padres siempre se lo contaban. Todas las mañanas se levantaba muy temprano y aquella mañana no era una excepción. Corrió a lavarse la cara para después ir a desayunar. Cuando llegó a la cocina se llevó una sorpresa no muy agradable. Su madre estaba llorando y su padre la abrazaba intentando consolarla. Aurora, después de quedarse parada en la puerta de la cocina, se acercó a ellos y preguntó:

¿Qué te pasa, mamá?

Su padre, lanzándole una mirada cómplice sin dejar de abrazar a su madre, le respondió:

Aurora, la abuela Carmen ha muerto y nos acabamos de enterar

La abuela Carmen era la madre de su madre y estaban muy unidas. A continuación Aurora se abrazó a sus padres y se puso un poco triste pensando que no vería más a su abuela Carmen. En aquel momento lo más importante era abrazar a su madre que lo estaba pasando mal. Aquel día el desayuno fue un poco raro. La familia estaba impactada por la muerte de la abuela Carmen, pero sus padres intentaron volver pronto a la normalidad hablando de lo que iban a hacer ese día. Aurora se sentía un poco triste. Notaba una sensación extraña: se sentía mal por ella, pero también por su madre y por su abuela, que realmente era la que había muerto.

Recordaba las tardes que pasaban las tres entre risas y no podía evitar sentirse un poco mal. Se le habían quitado las ganas de desayunar. Fue entonces cuando su madre, al notarla visiblemente mal dijo:

Aurora, la vida sigue y la abuela Carmen no querría vernos tristes; así que, por ella, vamos a seguir adelante

Entonces su madre se levantó y le dio un fuerte beso y un abrazo que le alegraron enormemente. Su padre le acarició suavemente la cabeza y le dijo:

Aurora, prepárate que nos vamos al cole; el tiempo se nos ha echado encima y no queremos llegar tarde

Se dirigió entonces a su cuarto para terminar de preparar la mochila. Mientras la preparaba pensó que tenía que llevarse consigo ese día una foto con su abuela Carmen porque quería que la acompañara ese día y enseñársela a sus amigos mientras les contaba lo que había pasado.

Era una foto en la casa de sus abuelos, donde pasaba aquellas tardes fantásticas siempre pasándoselo en grande con ellos, inventando algún juego. En la foto también estaba su abuelo, que seguro se había quedado muy afectado y al que también había pensado en visitar en cuanto tuviera un poco de tiempo. Recordó entonces como sus abuelos le decían que ellos ya eran mayores y que cuando ya no estuvieran le iban a dejar todos los juegos que se habían inventado aquellas tardes para que ella siguiera jugando. Aurora pensaba que cambiaría todos los juegos por traer a su abuela de vuelta. Ahora, según habían hablado en el desayuno, la vida sigue y tocaba ir al cole aunque fuera un poco triste.

El colegio estaba no muy lejos de casa. Podían llegar perfectamente después de 15 minutos andando. Aquel día su habitual camino estaba cortado por unas obras que estaban arreglandolas aceras, así que tuvieron que desviarse un poco. El camino de Aurora y su padre les hizo pasar por delante de una funeraria. Aquel lugar llamó la atención de Aurora y se preguntó extrañada qué era aquel lugar. Estaba pintado todo de negro y las cortinas estaban echadas. Contrastaba especialmente con la tienda de ropa de al lado, pintada de muchos colores y con un escaparate iluminado y alegre. Mientras pasaban justo por delante le tiró de la mano a su padre para que se parara y le dijo:

Papá, ¿qué es lo que vende esta tienda?

El padre esbozó una sonrisa y dijo:

Venden cajas de maderas para meter a la gente

Aurora lo miró extrañado y le dijo:

¿Cajas para meter a la gente? Pero tendrán agujeros para respirar, ¿no?

Su padre respondió: *No hace falta que tengan agujeros porque la gente que va dentro ya no respira. Ahora que ha muerto la abuela Carmen, tenemos que venir aquí a comprar una para ella.*

Aurora prosiguió diciendo:

Pero si mi amiga Ana dice que las abuelas se van de viaje a un lugar mejor cuando mueren para estar con sus padres, ¿es que a ese lugar no se puede entrar sin caja?

Su padre se echó a reír y le dijo:

Cuando la gente se muere, sus familias se encargan de llevar su cuerpo a dónde esa persona le gustaría estar. Hay gente que incluso decide quemar su cuerpo y convertirlo en cenizas.

Aurora insistía:

¿Y si las cenizas se vuelan, entonces?

A lo que su padre contestó:

Por eso las cenizas se meten en un recipiente que venden aquí también con forma de jarrón con tapa

Pero Aurora tenía sus propios planes y le dijo:

Pues yo cuando me muera le quiero dar mi cuerpo a Rufus para que se lo coma

De nuevo, su padre se echó a reír y le contestó:

Bueno, para eso falta mucho todavía así que tienes tiempo para pensarlo bien. También hay gente que dona su cuerpo para que otras personas aprovechen sus órganos o para que investiguen curas para enfermedades

Pero Aurora lo tenía claro y le replicó:

No, no, yo quiero que guardéis el mío para dárselo a Rufus, como cuando le damos las pieles de pollo los domingos, de premio.

Su padre no pudo contener la risa y soltó una sonora carcajada:

Ja, ja, ja, bueno pero vámonos que llegamos tarde a clase

Aquel día Aurora llegó a clase habiendo aprendido algo importante. Mientras la profesora les daba los buenos días, pensaba que compartiría sus nuevas noticias con sus amigos y que aquella tarde iría a ver a su abuelo en cuanto pudiera. Pero antes iba a hablar con los dueños de la funeraria para decirles que pintaran la fachada de colores que seguro que así estarían más contentos y podrían vender más cajas y jarrones para la gente, como seguro le pasaba a la tienda de ropa de al lado.